



Anuario de Historia de la Iglesia

ISSN: 1133-0104

ahig@unav.es

Universidad de Navarra

España

Alejos Grau, Carmen José
Conversación en Roma con Raffaele Farina
Anuario de Historia de la Iglesia, núm. 13, 2004, pp. 329-343
Universidad de Navarra
Pamplona, España

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=35501317>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Conversación en Roma con Raffaele Farina

Carmen-José ALEJOS GRAU

A las cinco de la tarde de un soleado día romano del mes de febrero de 2003, atravesando el Cortile del Belvedere por la Via de Santa Ana, llegué a la Biblioteca Apostólica Vaticana. La imponente fachada, que mandó construir San Pío V, está ahora perfectamente restaurada. Don Raffaele Farina, Prefetto de la Biblioteca, me esperaba en la puerta de entrada para conducirme a su amplio despacho¹.

El patrimonio de la Biblioteca es rico y heterogéneo. Constituye, sin duda, uno de los tesoros más valiosos que conserva la humanidad. Supera el millón y medio de volúmenes antiguos y modernos. Cuenta, además, con 8.300 incunables (de los cuales sesenta y

1. Raffaele Farina nació en Buonalbergo (provincia de Benevento, en la Italia centromeridional), el 24 de septiembre de 1933. Después de los cinco años de primaria en una escuela pública de su villa natal y de cuatro años de enseñanza media en un liceo salesiano de Torre Annunziata, ingresó en el noviciado de los salesianos en Portici, en agosto de 1948, sin abandonar sus estudios medios. Hizo su primera profesión religiosa en septiembre de 1949 y su profesión perpetua el 24 de septiembre de 1954, después de haber realizado sus dos años de práctica de vida salesiana en Tirocinio (una escuela agrícola para niños huérfanos) y otro año en Nápoles, al tiempo que terminaba la carrera de Magisterio y alcanzaba la «maturità classica». En 1954 se trasladó a Turín, donde realizó sus estudios teológicos durante cuatro años en la Facoltà di Teologia del Pontificio Ateneo Salesiano, consiguiendo la licenciatura en Teología en 1958. En 1961 alcanzó, en la Universidad de Nápoles, la habilitación para impartir Historia y Filosofía en los liceos italianos (centros públicos de enseñanza media). Se doctoró en Historia Eclesiástica por la Pontificia Universidad Gregoriana, en 1965. Disfrutó de una beca de la Humboldt-Stiftung de 1969 a 1971, para ampliar estudios en el Franz-Dölger-Institut de la Universidad de Bonn, donde desarrolló una investigación sobre «Orígenes: La regalità di Cristo nel Commento a Matteo». Ha sido Profesor Ordinario de Historia de la Iglesia en la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Salesiana de Roma (de 1976 a 1997), Rector de esa misma Universidad en dos períodos: 1977-1983 y 1992-1997, miembro del Pontificio Comité de Ciencias Históricas desde 1981 (secretario del mismo, de 1981 a 1989), subsecretario del Pontificio Consejo para la Cultura (1986-1991), etc. Es Prefecto de la Biblioteca Apostólica Vaticana desde el 24 de mayo de 1997. Sus abundantes publicaciones, en diversas lenguas, versan principalmente sobre cuestiones metodológicas e historiográficas (ligadas a su especialidad histórica) y sobre los dos temas en que trabajó desde el principio: Orígenes y Eusebio de Cesarea.

Carmen-José Alejos Grau

cinco son en pergamino), más de 150.000 códices manuscritos y volúmenes de archivo, 300.000 monedas, etc. Don Farina se siente orgulloso de los tesoros que le han sido confiados, a los que dedica todas sus energías. Es consciente de que buena parte de la tradición cultural de occidente (y quizá también de oriente) ha sido recogida y conservada por la Iglesia en ese hermoso palacio.

Primeros años y vocación salesiana

Pregunta: Don Raffaele, gracias por acceder a esta entrevista para «Anuario». Si le parece, podemos comenzar por la fecha de su nacimiento, en un momento clave para la historia europea: el año 1933. El fascismo estaba implantado en Italia y Hitler ganaba sus elecciones en Alemania. Un niño de tan pocos años apenas recordará nada del fascismo.

Respuesta: Algo recuerdo. En la escuela primaria estábamos todos inscritos en la asociación paramilitar «figli della lupa» (los hijos de la loba, con referencia a la loba capitolina). Se nos daba instrucción gimnástica dos veces por semana. Con tal motivo nos vestíamos con el uniforme fascista: camisa negra, pantalón corto que no recuerdo que color tenía... Mi colegio era una escuela municipal. Recibíamos formación religiosa, como se había establecido en los Acuerdos entre Italia y la Santa Sede. Esa formación debía ser impartida por el párroco. En mi caso, los salesianos se encargaron de impartir esas clases. Además, recibíamos clases de catecismo en el oratorio de los salesianos de nuestro pueblo.

P. Imagino que en las escuelas nada se decía ni de la encíclica *Non abbiamo bisogno*, de 1931, denunciando la «estatolatría» del fascismo, ni de otros pronunciamientos posteriores de Pío XI al respecto...

R. De esas dificultades surgidas entre el régimen fascista y las instituciones católicas no se sabía mucho al nivel de una pequeña población, como la nuestra. Sin duda, eran cosas conocidas por los obispos y por los párrocos. Nos llegaban pocas noticias de las dificultades, que sólo intuíamos por las conversaciones que mantenían entre sí los sacerdotes. En mi pueblo funcionaba bien la Acción Católica, de la cual yo era *aspirante*. Es cierto que las actividades de la Acción Católica estaban un poco restringidas, pero nosotros, los pequeños, no sabíamos muy bien de qué limitaciones se trataba.

Ahora, al cabo de los años, contemplando los hechos con nuevas perspectivas, podemos advertir esas restricciones. La vida nos parecía normal. Ciertamente: los manuales escolares destacaban las fiestas y las conmemoraciones del régimen político, las ilustraciones eran las propias del tiempo... Pero, en cuanto niños, no advertíamos nada especial.

P. Cuéntenos alguna cosa de su familia...

R. Eramos seis hermanos (tres chicos y tres chicas). Yo era el tercero. La mayor nació en 1929; el segundo nació en 1930; yo vine al mundo en 1933; otra, el 35 (que es benedictina aquí en Roma, en las Catacumbas de Priscila); otra hermana menor, que casó con un norteamericano, murió en U.S.A. de cáncer, muy joven, con 42 años; y finalmente el pequeño, que ha sido *carabiniere* hasta el año pasado en que se jubiló. Mi padre falleció hace

unos doce años y mi madre, hace cuatro. Nadie de mi familia vive ahora en el pueblo, que se halla en el centro de Italia, entre Nápoles y Bari.

P. ¿Cómo se vivió la Guerra Mundial en su pueblo?

R. Mi padre, que tenía una familia numerosa, no fue llamado al servicio militar. Después, cuando estalló la guerra, fue reclutado, pero no fue al frente. Estuvo en Nápoles. Era buen violinista y alguna vez fue reclamado para que tocara en el Teatro de San Carlos de Nápoles, en conciertos organizados para distraer a la población.

Era ferroviario de profesión. Toda mi familia ha estado vinculada a los ferrocarriles. Mi abuelo ya fue ferroviario. Al jubilarse, con sus hermanas, mis tías, llevaron el restaurante de dos o tres estaciones de tren, entre ellas la de mi pueblo. He pasado mi infancia entre trenes, hasta que fui a la escuela elemental, a los seis años, en que cambié de ambiente.

Cuando mi padre se retiró de los ferrocarriles tomó la representación de las máquinas de coser «Singer», y después se hizo sastre, poco antes de la guerra, y continuó en el oficio después de ella. Se ganaba bien la vida. Trabajaba incluso para el seminario de Benevento, cosiendo los hábitos eclesiásticos, y hacía las sotanas para los sacerdotes. Durante la guerra, sin embargo, todos pasamos alguna dificultad, aunque en el agro las dificultades se notan menos que en las grandes ciudades.

Durante la guerra, los salesianos, los que vivían habitualmente en mi pueblo y otros que llegaron huyendo de los bombardeos de las ciudades, abrieron una escuela y después un gimnasio² privado, es decir, no reconocido oficialmente, donde yo pude estudiar hasta la «terza media»³. Al acabar me fui a un instituto salesiano de Nápoles, reconocido civilmente, para obtener el título de «terza media». De esta forma, por el trato con ellos, me entró poco a poco, también empujado por mi abuela y por mi madre, la idea de hacerme salesiano.

P. Era una forma muy «natural» de despertar la vocación...

R. Sí. Una forma casi imperceptible y natural. Además, en aquellos años se estudiaba mucho latín, ya desde la «prima media». Cuando se acercaba al colegio el inspector salesiano⁴, me ponían en primera fila, y me presentaban como futuro salesiano. Cuando aprobé el examen de «terza media» y tenía que decidir mi futuro, elegí ser salesiano.

En 1947 fui a una pequeña ciudad, de nombre Torre Annunziata, en las proximidades de Nápoles, donde los salesianos tenían un «aspirantado», es decir, una casa de formación

2. Nombre con que se designa a las escuelas medias italianas.

3. La enseñanza italiana constaba entonces de dos ciclos: primaria (cinco años); y gimnasio (cinco años). Los tres primeros años de gimnasio se denominaban escuela media. Después venía el liceo (tres años). Cuando Don Farina se refiere a «prima media» quiere decir: primer año del segundo ciclo. «Terza media» es el tercer año del segundo ciclo.

4. Los cargos de gobierno internos de los salesianos se denominan técnicamente «inspectores». Los hay de varios niveles: «ispettori» para la provincia; «direttori» para las Comunidades locales, etc. Esta terminología fue usada intencionalmente por el Fundador de los Salesianos, Don Bosco, para ocultar de algún modo a las autoridades civiles anticlericales la índole religiosa de su institución.

Carmen-José Alejos Grau

previa al noviciado. Allí cursé el cuarto curso del gimnasio. No hice el quinto año del gimnasio, porque el director de ese aspirantado me dijo que ya podía empezar el noviciado. Y me fui a un pueblo próximo, en las estribaciones del Vesubio, que se llama Portici. Estuve un año en el noviciado (de septiembre de 1948 al septiembre siguiente). No pude hacer la primera profesión con mis compañeros, el 15 de agosto, porque no tenía la edad, y tuve que esperar al 24 de septiembre del 1949, en que cumplí los dieciséis años. Entonces regresé a Torre Anunziata, para cursar el liceo de Filosofía, que terminé en dos años, en un centro regentado por los salesianos. Estos estudios tenían validez civil y eclesiástica al mismo tiempo.

Después seguían los tres años de «tirocinio» antes de empezar los estudios teológicos, que eran tres años de vida salesiana. Se convivía con los niños en nuestras escuelas y en nuestros «oratorios». Es la última prueba antes de hacer la profesión definitiva. Pasé mi «tirocinio» en una escuela agrícola, que era un orfanato, sito en la provincia de Lecce. Durante mi «tirocinio» obtuve en la Scuola Magistrale de Nápoles el título estatal de maestro, y la «maturità classica».

Guardo un grandísimo recuerdo de los dos años que pasé allí. El trabajo con los niños huérfanos fue para mí una hermosa experiencia. El orfanato se financiaba con la elaboración de tabaco. El Estado tenía (y tiene) el monopolio del tabaco. Este establecimiento salesiano había obtenido la concesión de elaborar tabaco. Era una gran extensión, cedida por un benefactor, en donde se cultivaba algo de tabaco, pero, sobre todo, se elaboraba el que nos traían los campesinos de la zona. Allí trabajaban un centenar de mujeres (hacían puros y cigarrillos), con las que colaboraban también los chicos del orfanato. Las mujeres y los niños eran los más capacitados para distinguir la calidad de las hojas de tabaco.

La vida era dura y mi constitución física, un poco frágil. Se llegaba a los 40 °C durante el verano y nos levantábamos a las cuatro de la mañana, porque sólo se podía trabajar en el campo desde las cuatro a las nueve. Luego se dormía algunas horas, había que dar las clases del colegio, etc. Al cabo de dos años, el provincial me envió a Nápoles, al mismo instituto donde había hecho mi examen de «terza media», que era un colegio reconocido por el Estado, con estudiantes salesianos y externos, escuela elemental y gimnasio. Y, puesto que tenía el título de maestro, me incorporé a la escuela elemental.

P. Cursó los estudios de Teología en Turín.

R. Hice mi profesión perpetua el 24 de septiembre de 1954, a mis veintiún años. El 1 de octubre llegué a Turín para empezar mis estudios teológicos, de cuatro años, en la Facultad de Teología del Ateneo Salesiano de allí, que culminaban con la licenciatura.

Experiencia vocacional

P. ¿Nos podría resumir, en pocas palabras, su particular experiencia vocacional?

R. Mi «modelo» de adhesión a la vocación salesiana era entonces muy habitual y corriente. No consistía en un impacto de grandísimas proporciones, como una conversión a lo San Pablo, sino en sentirse envuelto en un clima, en una atmósfera tranquila, serena y gozosa, en un espíritu de familia, de entusiasmo y de oración... Y por ello, en un cierto mo-

mento, casi sin advertirlo, uno deseaba entrar en esa familia, en esa institución. No se nos hablaba nunca directamente de vocación.

Hubo un episodio que me gustaría contarle, porque lo considero significativo. Antes de ingresar en el aspirantado, el provincial quiso que yo pasase algunos días en la casa de salesianos de mi pueblo, aunque yendo a dormir a casa de mis padres, de modo que los salesianos pudiesen verme y discernir mejor. Y así comencé a pasar el día entero en la casa salesiana. Ayudaba en algunas cosas: servía en el refectorio, colaboraba en la limpieza... En un baúl antiguo encontré un libro viejo, de tapas negras, que eran las constituciones de los salesianos. Las tomé y las llevé a mi casa. Las leí y su lectura me resultó interesantísima. Yo quería ser salesiano, pero nadie me decía qué había que hacer, a qué me comprometía. Mi madre vio el libro y me preguntó: «¿Quién te ha dado esto? Tienes que restituirlo. No te lo puedes guardar». Cuando me fui a confesar, dije al confesor que había tomado el libro. El confesor se echó a reír... Y yo le pregunté: «¿Qué debo hacer?». Y me dijo: «Quédalo. Puedes conservarlo. Díselo a tu mamá y basta».

Cuando fui al aspirantado, en Torre Annunziata, empecé a oír algunas cosas sobre la vocación y la vida salesiana. Pero, yo ya lo sabía todo. Y mis superiores estaban maravillados... El hallazgo del libro fue para mí el empujón decisivo. Sentía dentro alguna cosa... y todo se me había aclarado con su lectura. Tenía unos trece o catorce años.

P. No obstante, imagino que en algún momento, durante su estancia en la casa salesiana de Buonalbergo, es decir, en su pueblo natal, le hablarían de la gran figura de Don Bosco⁵... ¿Qué le admiró más de Don Bosco en aquel momento?

R. Es difícil reconstruir mis sentimientos de aquellos años. Mi encuentro con Don Bosco, fundador de una congregación, vino después, durante los años de noviciado en Portici, en los que adquirí un verdadero conocimiento de su figura. La comprensión de su obra y de su persona fue lenta. Maduré poco a poco, en la medida en que yo mismo profundizaba en mi vocación. Cuando todavía era un niño o adolescente, me atraía más Domingo Savio, alumno del segundo oratorio de Don Bosco, entre 1854 y 1857, que falleció santamente⁶. Domingo era un ejemplo vivo para los adolescentes.

5. San Juan Bosco nació el 16 de agosto de 1815 en Castelnovo d'Asti, cerca de Turín. Huérfano de padre a los dos años, entró en 1817 en el Seminario Metropolitano de Chieri (próximo a Turín), en 1835. Recibió la ordenación sacerdotal en Turín, en 1841. En 1844 abrió su primer «oratorio», dedicado a San Francisco de Sales, un centro destinado a impartir formación religiosa y asistencia moral a los jóvenes turineses. En 1847 creó el segundo. Fundó talleres para diversos oficios, mientras se hacía cargo de nuevos oratorios. Finalmente, en 1869, fundó la Sociedad de San Francisco de Sales (salesianos) y, 1872, las Hijas de María Auxiliadora. Finalmente también fundó la tercera rama salesiana, la Unión de Cooperadores Salesianos. Falleció en Turín el 31 de enero de 1888. Fue beatificado en 1929 y canonizado el 1 de abril de 1934.

6. Santo Domingo Savio nació en Riva de Chieri el 2 de abril de 1842. De familia muy humilde. A los 12 años, es decir, en 1854, entró en la órbita de Don Bosco, que lo llevó consigo a su oratorio. Su progreso espiritual fue muy rápido y pronto deseó ser sacerdote. Una pulmonía le arrebató la vida, cuando estaba a punto de cumplir los quince años, el 7 de marzo de 1857. Rápidamente se extendió su fama de santidad. Fue beatificado en 1949 y canonizado el 12 de junio de 1954. De algún modo, es símbolo de la eficacia del sistema educativo salesiano.

Carmen-José Alejos Grau

Como ya le he dicho, el verdadero encuentro con Don Bosco vino más tarde. En un momento determinado decidí leer por completo las memorias biográficas de Don Bosco, constituidas por diecinueve volúmenes bastante gruesos, que contienen, además, largos extractos de sus escritos⁷. Primero las leí de una forma un tanto rápida, y después las repasé pausadamente y con profundidad. Son escritos de una grandísima espiritualidad. Teníamos, además, algunas clases sobre la vida Don Bosco. En los años siguientes comenzamos la lectura directa de los escritos de Don Bosco. De este modo se produjo mi encuentro con el Fundador.

P. Me interesa mucho el tema de la *mamma* de Don Bosco...

R. La *mamma* Margherita...

P. Al parecer jugó, al lado de Don Bosco un papel relevante...

R. En efecto. Ha dejado un rastro muy notable en esa forma de vida tan familiar que caracteriza a los salesianos. La presencia de la *mamma* en el oratorio ha determinado este espíritu de familia, porque ella, desde la cocina, seguía un poco a ese grupo de chicos que se acercaban a Don Bosco.

Formación universitaria

P. ¿Qué recuerdos tiene de los manuales que estudiaban?

R. De los libros de Filosofía me parece importante recordar el libro de Don Luigi Bogliolo, que ha sido rector del Laterano, en Roma; un texto de Historia de la Filosofía, famoso en Italia, de Don Franco Amerio, un profesor salesiano. Eran testigos notables del neotomismo. También me dejó una impronta muy fuerte, en esos primeros años, el estudio y el uso tan intensivo de las lenguas latina y griega, que conocíamos muy bien, con exámenes terribles...

P. ¿Y de sus maestros de Teología?

R. Teníamos buenos profesores de las materias teológicas. Nos explicaban la Teología sistemática Don Giuseppe Quadrio, de quien conservo un gran recuerdo, y Don Domenico Bertetto. Nos dio clase de Teología Fundamental el ahora Cardenal Antonio María Javierre. Fueron los años de 1954 a 1958.

P. Los años de la gran polémica en los Ateneos romanos, posterior a *Humani generis*...

R. Sí, pero no nos llegaban ecos del asunto. Nosotros estábamos en lo nuestro. Las cosas no llegaba a Turín. Nos hallábamos metidos de lleno en el sistema pedagógico de Don Bosco, que exigía mucho estudio y también una gran apertura a temas sociológicos, que no tenían otras congregaciones religiosas ni los sacerdotes seculares. Don Pietro Braidó nos

7. *Memorie biografiche di Don Giovanni Bosco*, raccolte da G.B. Lemoyne, A. Amadei, E. Ceria, S. Benigno Canavese, Torino 1898-1930, 19 volúmenes.

daba las clases de Pedagogía, y Don Giuseppe Gemmellaro, ya fallecido, nos impartía Sociología. Éste era muy considerado, incluso por los políticos de aquella hora, que le consultaban con frecuencia. También nos dio clase Don Vincenzo Miano, que fundó, con Franz König, cardenal emérito de Viena, el Pontificio Consejo para los no creyentes, y que fue durante muchos años decano de la Facultad de Filosofía. En Turín teníamos dos Facultades separadas: la de Filosofía y la de Teología. Pero los alumnos coincidíamos frecuentemente en conferencias, congresos y simposios. Lo más característico, en suma, de nuestra Facultad de Teología era la apertura a la Pedagogía y a la Sociología.

P. También en Turín estaría el gran Archivo Histórico Salesiano.

R. Sí. Fue creado en Turín, pero pasó posteriormente a Roma, siguiendo a nuestra curia general.

P. ¿Su afición por los temas históricos tuvo que ver con la sede del Archivo?

R. Fue más bien por simpatía natural. En la Facultad de Teología se podía elegir, ya desde finales del primer curso, una orientación. Teníamos que redactar la tesina, como la llamábamos, que debía elaborarse a lo largo de dos años de Licenciatura (segundo y tercero), una tesina de buena factura y bastante consistente. Tenía que presentarse antes de comenzar el cuarto curso, al término del cual hacíamos el examen *de universa Sacra Theologia*. Yo me incliné por la Historia antigua y, concretamente, por la conversión del emperador Constantino. Recibí una gran ayuda del profesor de Historia Antigua, ya fallecido, y del profesor de Historia medieval, Don Ulderico Prerovsky. Éste sugirió a mis superiores que continuase los estudios de Historia eclesiástica.

Los cosas se precipitaron. Recibí la ordenación sacerdotal el 1 de julio de 1958; el 2 de julio celebré la primera misa solemne a la Basílica de Maria Auxiliatrice en Torino, ayudado por Don Prerovsky; al día siguiente viajé a Roma, donde celebré la misa en las Catacumbas de Priscila, donde estaba mi hermana; inmediatamente me fui a Buonalbergo, para celebrar la ordenación en el oratorio salesiano de aquel lugar; y allí me llegó una carta del superior encargado de la formación, en la cual me decía que en cinco días tenía que comenzar un curso de alemán en Ulzio, cerca de Turín, y en octubre inscribirme en la Facultad de Historia de la Pontificia Universidad Gregoriana.

Es natural que mi familia se entristeciera un poco con estas noticias, pues, apenas había llegado, y ya tenía que partir. También el párroco se irritó un poco, pues le parecía importante que un sacerdote recién ordenado pasara unos días en su pueblo. En todo caso, celebré allí una misa solemne con mi familia y mis compañeros salesianos, y al día siguiente emprendí mi regreso a Turín, para hacer el curso de alemán, que después sería también determinante en la evolución posterior de mis estudios.

P. ¿Quién dirigió su tesis doctoral «L'Impero e l'Imperatore cristiano in Eusebio di Cesarea. Teologia politica del Cristianesimo»?

R. El Decano de la Facultad de Historia de la Gregoriana, P. Vincenzo Monachino sj, que falleció en 2002. Sin embargo, mi maestro fue Friedrich Kempf, de Historia medieval. Dictaba el curso más fuerte de la Gregoriana. Él fue quien realmente me formó. Le visitaba todos los sábados durante dos o tres horas. Sin embargo, aunque el tema de la tesis me era

Carmen-José Alejos Grau

familiar, porque había trabajado sobre Constantino, no acababa de estar contento de haber elegido un tema medieval. Pero continué hasta terminar. Pienso que, quizá por una afición casi innata, siempre me he mantenido en la historia antigua.

P. Háblenos, por favor, de sus años romanos.

R. Aquellos años en la Gregoriana fueron magníficos. Estudié allí de 1958 a 1965, en que defendí la tesis doctoral, aunque después de licenciarme tuve que dedicarme a otras cosas. Pasé un curso en Calabria (1960/61), donde enseñé Historia de la Filosofía en un liceo, después de haber alcanzado el reconocimiento civil de mis estudios eclesiásticos y haberme habilitado para la enseñanza media-superior. En ese liceo actuaba también como «catequista», es decir, estaba atento a la vida espiritual de los muchachos. Al curso siguiente, en 1961/62 regresé a la Gregoriana, para empezar mis cursos de doctorado.

Al terminar mi primer curso de doctorado fui reclamado nuevamente por mis superiores, para trasladarme a las cercanías de Nápoles, a Castellammare (1962/63), donde tenía su sede un centro de formación teológica de los salesianos, en el que cursaban unos ciento cincuenta jóvenes de la provincia romana y de la provincia napolitana. Mi misión fui poner un poco de orden y disciplina, es decir, hacerlos estudiar, que tal era mi obligación como «consigliere scolastico».

P. Eran los años del Papa Juan XXIII, que pedía insistentemente la restauración del latín en la enseñanza eclesiástica...

R. En efecto. Por aquellas fechas, y con ocasión de la constitución apostólica *Veterum Sapientia*, de 22 de febrero de 1962, se estableció en nuestra Universidad Salesiana la Facoltà di Lettere Christianae e Classiche, que, desgraciadamente, no ha funcionado como se preveía.

En todo caso, esos años fueron muy importantes para mi formación. Fue mi contacto con la gente joven. Durante mi «tirocinio» (en el orfanato de Lecce), conviví con niños; y, mucho después, en el liceo de Calabria y finalmente en este seminario en Castellammare, con jóvenes hechos y derechos. No olvide que la educación de la juventud constituye algo fundamental en la espiritualidad salesiana.

Los años del Concilio Vaticano II y el doctorado

P. Terminado su tiempo en Castellammare regresó a Roma.

R. Todos los estudiantes salesianos de la Gregoriana vivíamos juntos. Al principio residimos en el Istituto del Sacro Cuore, cerca de Termini. En esos años se trasladaron las Facultades de Filosofía y Teología salesianas de Turín a Roma, a la sede de ese Istituto, a la espera de que se construyera la nueva universidad, que sería la Universidad Salesiana de Roma. Como no cabíamos, los alumnos salesianos de la Gregoriana fuimos enviados a Cinecittà, donde se halla la iglesia de San Giovanni Bosco. Allí, además de estudiar, podíamos colaborar con los encargados de esa iglesia. Era un barrio que comenzó con cuarenta mil feligreses y llegó rápidamente a cien mil. Desde allí, en un pequeño tranvía, cuyo trayecto du-

Conversación en Roma con Raffaele Farina

raba una hora (a veces dos), nos trasladábamos a la Gregoriana. Teníamos que levantarnos a las cinco de la mañana. Regresábamos por la noche.

P. ¿Recuerda algo de la repercusión del Concilio en las clases de la Gregoriana?

R. Se hablaba mucho del Concilio en la Facultad de Teología. No tanto en la Facultad de Historia.

P. ¿Recuerda a sus profesores?

R. Fue la última generación de grandes maestros de la Gregoriana, representantes de la «escuela histórica alemana». Recuerdo particularmente a Josef Grisar, que tenía una voz muy débil, lo cual nos exigía una gran atención y estar muy cerca de él; a Robert Leiber, que nos explicaba Metodología, y había sido secretario y confesor de Pío XII; a Burkhard Schneider, que impartía Historia moderna, que falleció muy joven y fue uno de los que intervino en la preparación de los once volúmenes de *Actes et Documents du Saint-Siège relatifs à la Seconde Guerre Mondiale*⁸, y se encargó, además, del volumen de las cartas de Pío XII a los obispos alemanes, entre 1939 y 1944⁹; el ya citado Friedrich Kempf, de Historia medieval; a Paul Droulers, dedicado a la Historia social; y a Petrus Huizing, centrado en la Historia de las instituciones.

P. En ese ambiente erudito y positivo, ¿habría mucha discusión sobre el Vaticano II?

R. No. Esos debates se mantenían en otros fueros, no en las clases. Pero conocíamos lo que pasaba por nuestro contacto con los alumnos de Teología y Filosofía y, sobre todo, siguiendo la prensa, especialmente *L'Avvenire*, que publicaba largas crónicas, muy bien preparadas y documentadas. Algunas veces invitábamos a expertos del Concilio, para que nos dirigieran la palabra en las «buone notte» de la comunidad salesiana.

Estudios postdoctorales

P. Una vez leída la tesis doctoral, que obtuvo la medalla de oro de la Pontificia Universidad Gregoriana, fue publicada casi inmediatamente en Suiza...

R. Sí. Fue publicada en Suiza, porque la Editorial de la Universidad Salesiana tenía su sede en Suiza¹⁰.

P. El doctorado en 1965, la publicación en 1966, y su actividad docente...

8. Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano 1965-1981, 11 vols.

9. En colaboración con Pierre Blet y Angelo Martini, Kommission für Zeitgeschichte (Serie A, vo. IV), Mainz 1966. Cfr. Walter BRANDMÜLLER, *Appunti sulla Commissione cattolico-ebraica su Pio XII*, en AHig 11 (2002) 357-367.

10. *L'Impero e l'Imperatore cristiano in Eusebio di Cesarea. La prima Teologia politica del Cristianesimo*, PAS-Verlag, Zürich 1966.

Carmen-José Alejos Grau

R. Mi actividad docente había comenzado ya en 1965, impartiendo Historia eclesiástica antigua y medieval en la Facoltà di Teologia della Pontificia Università Salesiana de Roma.

P. En 1969 marchó a Alemania. Ahí trabajó con...

R. Mi periplo alemán comenzó en Freiburg, a donde fui a cursar un semestre. Tenía un proyecto sobre la realeza de Cristo, siempre en la línea de buscar los fundamentos teológicos de la relaciones entre Iglesia y Estado. Debía llevar a cabo mi proyecto con el Prof. Johannes Kollwitz, con quien había mantenido correspondencia y preparado el plan de investigación. Yo debía desarrollar la parte literaria de los primeros siglos, y él el aspecto más teológico. Fui a Friburgo en Brisgovia, sin tener todavía la beca del Fundación Humboldt, sino sólo una beca de la DAAD. Llegué en febrero de 1968 pero Kollwitz murió casi de inmediato, en mayo. Recuerdo que por entonces pude conocer a Karl Lehmann que comenzaba a enseñar en la Facultad de Teología de la Universidad de Freiburg y ahora es el cardenal de Maguncia. Entre tanto había presentado mi solicitud a la Humboldt-Stiftung.

Al morir Kollwitz, la Fundación Humboldt me dijo que no podía seguir en Freiburg. Entonces propuse ir a Göttingen, para trabajar con el Prof. Carl Andresen, autor del famoso libro *Logos und Nomos*¹¹, en la línea que me interesaba, relativa a las relaciones entre ley y palabra. Me contestaron: «¿Pero por qué quiere ir a Göttingen, usted que es un sacerdote católico? Quizá sea mejor que vaya a Bonn». Y me aconsejaron ir al Dölger-Institut de Bonn¹².

El Prof. Theodor Klauser dirigía entonces el Dölger-Institut de la Universidad de Bonn. Era un prestigioso historiador de la liturgia, que también pilotaba el *Reallexikon für Antike und Christentum*, que todavía hoy no está concluido. Aprendí mucho, sobre todo colaborando con la gestión del *Lexikon*. Nos reuníamos todos los sábados, para distribuirnos las voces que nos llegaban de todo el mundo. Nosotros teníamos que preparar un dictamen sobre ellas, que se enviaba a los autores para que incorporasen las observaciones. Era un grupo de trabajo de seis o siete personas de diversas especializaciones.

Permanecí dos años en Alemania. Luego, ya de regreso en Italia, procuré ir a Alemania durante los veranos, tres o cuatro semanas, para ayudar en alguna parroquia, y aprovechar para estudiar, porque allí tenía muchos libros a mano. Por ejemplo, ¡pedía libros a la magnífica biblioteca de Heidelberg y los tenía al día siguiente en la parroquia!

Soy, pues, de formación alemana, tanto por mis maestros en la Gregoriana, como por el tiempo que he pasado en Alemania.

11. Carl ANDRESEN, *Logos und Nomos. Die Polemik des Kelsos wider das Christentums*, Walter de Gruyter, Berlin 1955.

12. Sobre la historia de este Instituto, véase: Georg SCHÖLLGEN, *El Instituto Franz-Dölger. Prehistoria, desarrollo e influencia en la Patrología y en las ciencias de la Antigüedad*, en *AHIg* 4 (1995) 455-498.

Al servicio de la Pontificia Università Salesiana di Roma

P. En 1971 regresó de Alemania...

R. Al volver de Alemania, entré formalmente en la Facultad de Teología de la Universidad Salesiana. Cuando llegué en 1971 fui nombrado Profesor Adjunto, el primer grado del escalafón académico y ya en 1976 había alcanzado el grado de Profesor Ordinario de Historia de la Iglesia. Con el tiempo supe el motivo de esa rápida promoción: tenían necesidad urgente de un decano y aceleraron mi carrera. De modo que en 1973 era decano, y terminó así la posibilidad de dedicarme intensamente al estudio, pues a partir de ese momento siempre he estado en cargos de gobierno.

P. De 1973 a 1975, decano de la Facultad de Teología, después...

R. En 1976 fui designado «regolatore del XXI Capitolo generale» de la Congregación salesiana. Fue una designación muy especial, porque era el único miembro del capítulo que no formaba parte del Consiglio Generale de la Congregación. Ese XXI Capítulo tuvo por objetivo la aplicación de las constituciones elaboradas en el XX Capítulo. En 1977, mientras participaba en el Capítulo, fui elegido por seis años rector de la Universidad Salesiana, es decir, hasta 1983.

P. ¿Qué recuerda de su rectorado? Me refiero al primer rectorado, porque hubo otro posterior, de 1992 a 1997.

R. Habíamos tenido una crisis bastante seria en el período del postconcilio. Algunos casos fueron notorios, como el de Giulio Girardi y algún otro. También había habido cierta protesta estudiantil. Se aplicaban las *Normae quaedam*, promulgadas en 1972. Cuando fui nombrado decano de la Facultad de Teología, la situación era compleja y se pensaba incluso en cerrar la Facultad. Mi predecesor en el cargo había dimitido. Durante mi trienio, gracias a Dios, la Facultad pudo respirar un poco. Por ello, al elegirme rector, lo hicieron sobre la base de mi experiencia anterior. La Universidad tuvo confianza en mí, cosa que yo agradecí mucho y me dio alas para acometer con brío la nueva responsabilidad. También influyó en el nombramiento que hubiese sido designado «regolatore del Capitolo generale». Se pretendía, de este modo, que la Universidad estuviese más cerca de la Congregación, de la cual se había separado en los anteriores años difíciles. Mi principal tarea fue dar confianza a la Congregación en todo lo referente a la Universidad, y pienso que lo logré, al menos, en algún sentido.

Mi participación en el Capítulo ayudó mucho a la Universidad. Todos los provinciales me conocían, porque los había tratado en el Capítulo, y por ello, recuperaron la confianza en el centro docente y comenzaron a enviar nuevamente alumnos a la Universidad Pontificia.

P. El segundo rectorado...

R. Durante mi segundo rectorado ya tenía algunos encargos en el Vaticano. El Cardenal Paul Poupard me quería retener consigo en el Pontificio Consejo de la Cultura. Por ello, hubo que nombrar vicerrector de la Universidad a Don Angelo Amato, porque yo no llegaba a mi despacho... Me entretenían en el Vaticano, en el Pontificio Consejo de la Cul-

Carmen-José Alejos Grau

tura, porque les hacía falta. Finalmente, liberado de las tareas administrativas de la Santa Sede, pude incorporarme al rectorado en enero de 1992.

Trabajo en el Vaticano (1981-1992)

P. En el período que va entre el primer y segundo rectorado estuvo al servicio de la Santa Sede. Primero en el Pontificio Consejo para la Cultura, como sotto-segretario, de 1986 a 1991.

R. Quiero recordar expresamente a una persona. El P. Hervé Carrier, jesuita. Con él he tenido una fraternidad, una unanimidad total. Guardo de él un gratísimo recuerdo. Él era el secretario y yo, el subsecretario. En todo el Consejo reinaba una unidad admirable. El P. Carrier enfermó después muy gravemente. Con motivo de mi cargo representé muchas veces a la Santa Sede en diferentes encuentros internacionales, sobre todo en el encuentro para la aplicación de los acuerdos de Helsinki¹³. Se trataba de encuentros informales que pilotaba Alemania. La razón de mi presencia allí, en ese pequeño foro, tenía que ver con temas culturales. Esos viajes me permitieron conocer a muchas personas, con las que he conservado, hasta ahora, una gran amistad. Este pequeño gremio se reunía bajo los auspicios del Consejo europeo. Después, con la Unión Europea, ese gremio desapareció y las cosas cambiaron. Tuvimos algunos encuentros en países del este de Europa, entonces todos detrás del telón de acero.

P. Veo en su curriculum que fue secretario y miembro del Pontificio Comité de Ciencias Históricas de 1981 a 1989. Fueron los años de la presidencia de Mons. Michele Maccarrone¹⁴ ¿no es así?

R. En efecto. Además, Mons. Maccarrone era consultor de la Secretaría de Estado y tenía una actividad muy intensa. Yo lo ayudaba en esas tareas. Una de los momentos importantes fue la declaración de la apertura de un nuevo período del Archivo Segreto Vaticano, en concreto hasta 1929. El anuncio fue confiado al Pontificio Comité de Ciencias Históricas y tuvo lugar en Stuttgart, en una conferencia de prensa, coincidiendo con el International Congress of Historical Sciences celebrado allí en 1985. Participé también en el anterior Congreso Internacional de Ciencias Históricas, celebrado en Bucarest, en 1980, al que el Vaticano fue invitado expresamente por la Iglesia ortodoxa; intervine, aunque no era todavía secretario del Comité. En aquellos años, el Comité organizó un importante congreso con motivo del milenio de la conversión de las repúblicas bálticas, otro sobre el primado de Pedro en el primer milenio, otro sobre Gregorio VII, en 1985...

P. ¿Recuerda algunas personas de sus tiempos de secretario del Pontificio Comitato di Scienze Storiche?

13. Se refiere a la Conferencia sobre la Seguridad y la Cooperación en Europa, celebrada en Helsinki, cuya *Acta final* lleva fecha de 1 de agosto de 1975. En esa Acta se tratan cuestiones relativas a la seguridad europea; a la cooperación en materia económica, científica y de medio ambiente; y a la cooperación internacional.

14. Cfr. José ORLANDIS, *In memoriam Monseñor Michele Maccarrone (1910-1993)*, en AHig 3 (1994) 467-469.

Conversación en Roma con Raffaele Farina

R. Uno de mis recuerdos me lleva al encuentro con Ivan Illich¹⁵, que acaba de morir en diciembre pasado, con quien mantuve una buena amistad hasta el final. Él traía al Comité de Ciencias Históricas un proyecto que consistía en preparar la catalogación de toda la literatura religiosa latinoamericana publicada, tomada en su sentido más amplio (incluso las estampas devocionales). Mons. Maccarrone me lo remitió y los dos fuimos al Cardenal Alfonso Stickler en aquel tiempo Bibliotecario de la Santa Romana Chiesa. El proyecto no ha concluido. Todo lo publicado ha aparecido como microfichas patrocinado por el CIDOC, una Universidad alternativa que él creó en Cuernavaca, con la colaboración de Valentina Borremans¹⁶. Realmente, constituye un rico material.

En los últimos años compaginé la secretaría del Comité con la subsecretaría del Pontificio de la Cultura. Fue entonces cuando me llegó el nombramiento como rector de la Universidad Salesiana. Demasiado trabajo. Pedí repetidamente a la Secretaría de Estado ser sustituido y finalmente el Cardenal Agostino Casaroli, Secretario de Estado, aceptó mi dimisión. Tenía ya el nombramiento como presidente del Comité de Ciencias Históricas y la cosa, como puede imaginar, se complicó un poco. ¡Incluso habían previsto hacerme canónigo de San Pedro, para que tuviera una congrua compensación por mi trabajo! Fíjese: ¡un salesiano canónigo de San Pedro! Además era director del Archivo Salesiano Central en Roma, cuando empezábamos la informatización de ese Archivo. Fue un período terrible, de dormir muy poco...

La Biblioteca de la Universidad Salesiana

P. Llegamos al segundo período rectoral en la Salesiana. ¿Qué cosas recuerda de ese tiempo? ¿Acaso la construcción de la Biblioteca?

R. La preparación del proyecto estaba sobre la mesa en mi primer período rectoral. Cuando volví de Alemania, en 1971, el espacio previsto para la Biblioteca se destinó a la Facultad de Latinidad, que inicialmente no se había previsto. En 1975, siendo ya Decano, puse sobre el tapete que era necesario construir una biblioteca. En 1981 se aprobó el plan, y mi sucesor en el rectorado, Don Roberto Giannatelli, lo preparó todo, aunque nos faltaba la aprobación por parte del ayuntamiento. Todas las aprobaciones nos llegaron durante mi segundo rectorado y las obras empezaron en 1997, cuando terminaba mi segundo rectorado.

P. Ahora ya está lista. Es una magnífica biblioteca.

R. Vale la pena visitarla.

P. Tiene más de seiscientos mil volúmenes...

R. Tenemos un gran bibliotecario, Don Juan Picca, un argentino de gran capacidad.

15. Ivan Illich nació en Viena en 1926 y falleció en París en 2002. Abandonó el sacerdocio en 1969. Desde 1991 hasta su jubilación fue profesor en la Universidad de Bremen.

16. Son las siglas de Centro Intercultural de Documentación, fundado por Iván Illich en 1966, en México, y clausurado por él en 1976.

Carmen-José Alejos Grau

La Biblioteca Apostólica Vaticana

P. Llegamos ahora a la gran aventura de la Biblioteca Vaticana, de la cual es *prefecto* desde el 24 de mayo de 1997.

R. Es un gran desafío. El primer objetivo es que funcione bien la vida ordinaria de la Biblioteca. Es una empresa en la cual hay que crear una atmósfera grata, donde se pueda trabajar a gusto y serenamente. Tiene un centenar de empleados a tiempo completo y más de treinta a tiempo parcial. No faltan los problemas, porque es muy grande, incluso en dimensiones; y tiene, además, una importancia mundial, porque alberga los mayores tesoros desde el punto de vista cultural. El mantenimiento y conservación de nuestros ciento cincuenta mil manuscritos es otro tema capital, porque constituye una grandísima responsabilidad para nosotros no perder esa riqueza. Hemos comenzado la restauración sistemática y, para no enviarlos fuera, contamos aquí con una escuela o taller donde se aprende este delicado oficio, pero no llegamos... y tenemos que acudir a ayudas externas. Tendríamos que cerrar la biblioteca para cambiar la parte eléctrica, pero procuramos hacerlo durante los meses de verano. Este año [2002], por ejemplo, hemos tenido que retrasar la apertura de la Biblioteca, para renovar los aseos. Estamos también catalogando electrónicamente nuestros fondos y, para ello, cerramos la Biblioteca por áreas. También hemos regulado la participación en exposiciones, porque nos creaba mucho trabajo suplementario y problemas de gestión.

P. ¿Cómo se articulan las relaciones con el Archivo Secreto Vaticano? ¿Qué cosas están aquí y qué otras van al Archivo?

R. El Archivo Secreto Vaticano formó parte de la Biblioteca Vaticana hasta el Pontificado de Pablo V (1605-1631). Esta relación ha permanecido, obviamente, incluso después de la separación. Las dos instituciones tienen un mismo Cardenal Protector y están juntas, así que fácilmente se puede pasar de la una a la otra. Es decir, se vive en buena «vecindad» y colaboración. Puesto que el Archivo Secreto no tiene una gran biblioteca propia, la nuestra suple adecuadamente y con gusto esta necesidad.

El carácter distintivo de la Biblioteca Vaticana está determinada por los manuscritos y, en parte, por los incunables que conserva. Con este único y precioso material la Vaticana ofrece prácticamente todos los campos del saber humano: literatura e historia, arte y derecho, astronomía y matemáticas, ciencias naturales y medicina, liturgia, patrística y teología. La Vaticana conserva, por poner algún ejemplo, algunas de las copias más antiguas de las obras de Homero, Euclides, Cicerón, Virgilio o Dante. Entre los innumerables códices de la Biblia, son notables el *Codex Vaticano* (o *Codex B*), el Vat. Gr. 1209, uno de los más antiguos códices bíblicos completos de comienzos del siglo IV; y el Papiro *Bodmer VIII*, del siglo III, que contiene las dos epístolas de San Pedro. Entre los documentos escritos en árabe se conserva el único ejemplar conocido del manuscrito musulmán español ilustrado (*Vat. Arab. 638*).

El Archivo Secreto, en cambio, contiene y custodia todas las actas y documentos que se refieren, en cualquier materia, a la vida de la Curia Romana y al gobierno de la Iglesia, desde las cartas de León Magno y Gregorio Magno a las de los Papas y Emperadores de

Conversación en Roma con Raffaele Farina

la Edad Media. Contiene también los Registros de los Papas hasta los tiempos modernos, en que confluyen varios fondos archivísticos de los Dicasterios de la Curia, incluso del Gobierno del Estado, y de las Nunciaturas europeas, con sus archivos, tan importantes para la historia europea del último siglo.

Ambas instituciones, que tienen sus propias características desde su origen, tienen un perfil común, inconfundible, que es el del servicio a la Iglesia y a la ciencia. Y bajo este perfil se distinguen, obviamente, de cualquier Biblioteca y Archivo del resto del mundo.

* * *

Después de la entrevista, pude visitar despacio y con detenimiento la Biblioteca, que es una expresión de que la Iglesia ha acogido todo lo bueno y valioso que la humanidad ha creado a lo largo de los siglos. Al salir, el Cortile está ya vacío y silencioso. Ha anochecido. Una noche más de la Roma eterna.

Carmen-José Alejos Grau
Instituto de Historia de la Iglesia
Universidad de Navarra
E-31080 Pamplona
calejos@unav.es